

## LA MUJER COMO TEMA POSIBLE DE LA ANTROPOLOGIA FILOSOFICA

Roxana Ortín

Quizás podamos acordar con Kant en que el hombre es el gran tema de toda filosofía. Las grandes preguntas nos remiten a él, ¿qué puedo conocer? ¿qué debo hacer?, en definitiva ¿qué es el hombre?

De hecho toda filosofía es una antropología y es una tautología hablar de filosofía del hombre, es como hablar de biología de la vida.

Realizadas estas breves consideraciones en torno al lugar que le cabe al hombre como tema que vertebra toda filosofía, vamos a hacer algunas aproximaciones a la asignatura antropología filosófica y a sus centros de interés.

La antropología filosófica se constituye como una disciplina recortada dentro del conjunto de la filosofía en este siglo. En general se considera a Max Scheller su fundador. De hecho, el título de su obra "El puesto del hombre en el cosmos" se instauró como un programa que marcó el camino que siguió esta disciplina. Del conjunto problemático que la antropología filosófica podía reclamar como propio (disquisiciones sobre la voluntariedad del acto humano, cuestiones referidas a teoría de la acción, problemas planteados por la sensibilidad, por el entendimiento, temas de filosofía de la historia, filosofía de las ciencias, etc.) esta área del conocimiento reclama para sí, como de alguna manera propone el título de la obra de Scheller, el lugar especial que le corresponde al hombre en el concierto de la naturaleza; de este modo la tarea de la antropología filosófica consiste en el análisis de aquellos aspectos que distinguen al ser humano. Siguiendo este orden discursivo podemos hacer nuestras las palabras de Fons Elders cuando afirma que "todos los estudios acerca del hombre, desde la historia a la lingüística o a la psicología, se enfrentan a la cuestión de sí, en última instancia, somos o no, el producto de toda clase de factores, o sí, a pesar de nuestras diferencias, tenemos algo que pudiéramos denominar una común naturaleza humana a través de la cual nos reconozcamos mutuamente, unos y otros, como seres humanos" (1)

El término antropología designa al "hombre", o lo que es lo mismo, a la humanidad en su conjunto. Según esta apreciación estaría incluida dentro de la preocupación antropológica la condición de la mujer, y su abordaje sería equivalente a la del hombre.

Sin embargo, si tomamos la cuestión con cierto detenimiento la perspectiva varía. Los términos hombre y mujer refieren a los sujetos masculino y femenino de la clase de los seres humanos; en este sentido, ambos terminos se muestran como complementarios. Al mismo tiempo, como ya manifestamos anteriormente el término "hombre es equivalente a ser humano, y de ese modo incluye al término "mujer" pero no ocurre lo contrario; queda claro que la relación entre los terminos hombre-mujer no es de equivalencia, sino de jerarquía. En este sentido acordamos con Clara Fontana, cuando escribe que "a Sócrates le gustaba interrogar porque sabía que una pregunta de apariencia obvia podía desencadenar problemas sorprendentes. Probemos! Cuando nos preguntamos qué es la mujer y queremos saber que dijeron aquellos sabios pensadores sobre su naturaleza esencial, la primera de tales sorpresas será descubrir que muy poco se ocuparon de este tema o, lo que es más llamativo todavía, han aparentado incluir a la mujer en la consideración de la especie como totalidad. El subterfugio consistió en usar la palabra "hombre" como sinónimo de "humano" ... "Subsumidas en la clasificación "hombres" las mujeres desaparecemos. Deliberada o no, esta estrategia del discurso es inconsistente. Si la tomamos

en serio resultaría que las mujeres han sido consideradas por estos mismos pensadores al igual que los hombres, seres racionales, libres, autónomos, sujetos de la historia, del derecho, de la política, etc. Sin embargo, basta echar una mirada superficial sobre los textos de Platón, Aristóteles, Rousseau, Hume o Hegel para confirmar lo contrario. Algunos la supusieron un humanoide y otros, Hume por ejemplo, admiten que tienen una capacidad potencialmente igual a la del hombre pero aceptan su sujeción como una necesidad social" (2)

Más significativas aún son las palabras de Rousseau, quien en el "Contrato Social" afirma que "renunciar a la propia libertad es renunciar a la condición de hombre, a los derechos y deberes de la humanidad", pero en el "Emilio" sostiene que "las mujeres habrán de ser educadas para soportar el yugo desde el principio, para que no lo sientan, para dominar sus propios caprichos y someterse a la voluntad de los demás".

Por su parte Kierkegaard enfatizaba de este modo: "Qué desgracia ser mujer! y cuando se es mujer, sin embargo la peor desgracia, en el fondo, es no comprender que es una desgracia". En su momento, Pitágoras enunció que "hay un principio bueno que ha creado el orden, la luz y el hombre, y un principio malo que ha creado el caos, las tinieblas y la mujer".

Abundan los ejemplos en este sentido, pero llegados a este punto de la exposición, consideramos conveniente detenernos y fijar nuestra atención en esta valoración desigual respecto a lo que significa ser mujer.

La mujer aparece como un "otro", como una expresión "diferente" de la condición humana y con el agravante que también en ámbitos como el filosófico esa diferencia se degrada de modo automático en inferioridad.

En otros ámbitos del conocimiento, como el científico, se abordó la cuestión de la diferencia. Sabido es que la ciencia ha servido en muchos casos para avalar o justificar los prejuicios de una sociedad.

Del mismo modo, el científico que pertenece a esa sociedad tiene incorporados dichos prejuicios, que muchas veces condicionan su metodología y también sus resultados.

Es el caso poco feliz de la antropometría o medición del cuerpo humano, que dominó las ciencias humanas durante gran parte del siglo pasado. Las mediciones craneanas fueron uno de los mecanismos favoritos para realizar comparaciones entre las clases, las razas y los sexos.

Las investigaciones dirigidas por Paúl Broca referidas al tamaño inferior del cerebro de las mujeres, reforzaban los prejuicios vigentes, pero eran presentadas con el carácter de verdad científica. Uno de los discípulos de Brocca, Le Bon, sostenía que "...en las razas más inteligentes, como sucede entre los parisinos, hay gran cantidad de mujeres cuyo cerebro presenta un tamaño más parecido al del gorila que al del hombre, que está más desarrollado. Esta inferioridad es tan obvia que nadie puede dudar ni un momento de ella; sólo tiene sentido discutir el grado de la misma. Todos los psicólogos que han estudiado la inteligencia de la mujer, así como los poetas y los novelistas, reconocen hoy que la mujer representa la forma más baja de la evolución humana, y que está más cerca del niño y del salvaje que del hombre adulto y civilizado. Se destaca por su veleidad, inconstancia, carencia de ideas y de lógica, así como por la carencia de capacidad para razonar. Sin duda hay algunas mujeres destacadas, muy superiores al hombre medio, pero resultan tan excepcionales como el nacimiento de cualquier monstruosidad, como por ejemplo, el de un gorila con dos cabezas; por consiguiente, podemos olvidarlos por completo" (3).

Felizmente, las supuestas verdades científicas que avalaban estas afirmaciones no se sostuvieron demasiado tiempo. Sin embargo, los prejuicios en este sentido tienen vigencia todavía.

El mundo de la ciencia en general ha debido abrirse y realizó importantes avances en torno a esta cuestión de la diferencia

sexual. La biología incursiona por terrenos insospechados hasta hace muy poco tiempo, se trabaja en etología, genética, sociobiología, investigaciones que sea cual fuere la posición que adopten, abordan la cuestión desde una perspectiva que excede lo estrictamente anatómico o la conformación corporal.

También en las ciencias sociales la problemática ocupa un lugar cada vez más destacado. Es el caso de la psicología, sociología, antropología, historia. De este modo parte del trabajo científico apunta a desterrar prejuicios y a demoler mitos.

Seguramente esta atención en las cuestiones referidas esté vinculada también a la incorporación del cada vez mayor número de mujeres al trabajo científico, que no luchan ya de modo individual por lograr reconocimiento, sino que van conformando un punto de vista diferente, que cuestiona la epistemología subyacente en las ciencias, las opciones de investigación, las prioridades de intereses, los fines del conocimiento.

Es decir que dentro de la sociología del conocimiento se conforma un punto de vista diferente que, partiendo del conocimiento que ha alcanzado la humanidad en el terreno científico, puede realizar críticas y aportes al mismo desde su condición de mujer.

Hemos realizado una muy breve incursión en el campo científico, sabemos que las respuestas son dispares, pero hay un reconocimiento de la cuestión.

El gran tema de toda filosofía es la humanidad, y cuando hablamos de la mujer estamos hablando de la mitad de la humanidad. Durante mucho tiempo la filosofía ha confiado en las esencias, muchas veces se ha defendido un orden de cosas fundándolo en un estado de naturaleza. La misma situación se plantea también a la hora de definir y sostener posiciones respecto a lo que se entiende por humanidad, y más aún cuando el tema es la mujer.

Es tarea de una antropología filosófica incorporar los problemas que plantea la cuestión de los géneros y realizar un análisis esclarecedor de ciertas cuestiones tales como:

- Determinar que es ser "diferente".
- Responder respecto a quien o a que aspectos o posibilidades sería diferente la mujer. Es decir discernir cuál es el parámetro desde el que se postula la diferencia. Esto nos lleva a plantearnos también cuál es la legitimidad de dicho parámetro.
- Preguntar si la diferencia o la consideración diferente respecto de la mujer reside en una naturaleza que predetermina ciertas conductas, roles y modos de abordaje a la realidad, o si es el resultado de toda clase de factores externos.
- Dejar claramente sentado a qué nos estamos refiriendo cuando hablamos de "lo femenino" o "lo masculino". Cuál es el correlato de estos términos. Es decir si concebimos lo femenino como algo esencial al hecho de ser mujer y por lo tanto solo e inevitablemente su única posibilidad, o por el contrario si encaramos lo femenino como las distintas manifestaciones y roles cambiantes asumidos por la mujer a lo largo del devenir histórico.

Son muchas las cuestiones que quedan afuera respecto a mujer y filosofía, pero este trabajo tiene como objetivo una primera aproximación a esta cuestión.

Apelemos nuevamente a la imagen de Sócrates, que siempre encuentra la pregunta con la que sacude nuestra ignorancia; entonces, tal vez, la cuestión consiste en este caso, como tantos otros, en poder salir de esquemas, preconceptos, encasillamientos, y abrir la pregunta a temas no tradicionales en el ámbito del quehacer filosófico, y que sin embargo atañen a una mayoría cada vez menos dispuesta a mantener una situación de opresión y desconocimiento respecto a sus posibilidades como ser humano.

## CITAS BIBLIOGRAFICAS

- 1) Fons Elders, La filosofía y los problemas actuales, Ed. Fundamentos. Madrid, 1981, p. 147.
- 2) Fontana Clara, Filosofas filosas, artículo publicado en el diario Clarín, 9 de octubre de 1988.
- 3) Jay Gould, Stephen; La falsa medida del hombre, Ed. Hispamérica, Argentina, 1988, p. 97.